



# Mercosur: hacernos responsables de las consecuencias de nuestros actos

Por José da Cruz \*

En cualquier foro, cuando se habla de integración se hace referencia a la institución de la Unión Europea y a su largo camino recorrido. Esta referencia también se ha hecho en ocasión de la discusión sobre el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, reclamando su parentesco con la vieja EFTA, asociación comercial que precedió al nacimiento de la Comunidad Europea, luego transformada en Unión. Es lógico: la UE es una experiencia de supranacionalidad por decisión soberana de Estados miembros, algunos con capacidades económicas parecidas y por lo tanto de negociación, y ha significado una innovación en la estructura política internacional. Su eficacia está demostrada por la cimentación del modelo poscolonial y el apoyo con gran impulso de la globalización de las transnacionales. Otras asociaciones de Estados se plantean alcanzar esta eficacia como objetivo, y si a eso se agrega que nuestra historia moderna ha sido reflejo y consecuencia de la europea, la referencia a la Unión es inevitable. En busca de similitudes algo forzadas, el papel que tuvieron Alemania y Francia se adjudica a Brasil y Argentina, y muchas veces hemos escuchado hablar de Montevideo como “la Bruselas del Mercosur”, calificativo tan exagerado y falto de mérito como aquellos de la Nueva Troya o la Atenas del Plata, vigente nada más que en la superficialidad facilonga de la frívola prensa provinciana. ¿No será que desde nuestra posición dependiente en el mundo, en lo económico y lo ideológico, estaremos creando un Mercosur dependiente y por lo tanto una institución que combate contra sus propias finalidades?

Esta pregunta surge luego de escuchar al político argentino Carlos “Chacho” Álvarez y a los uruguayos Sergio Abreu (PN) y Roberto Conde (FA) que expusieron sus visiones sobre el Mercosur en una conferencia pública realizada aquí en Montevideo. Álvarez es el presidente de los representantes del Mercosur, Abreu es senador y fue canciller, y Conde es diputado y representante del Uruguay en el bloque. A estas voces se agrega la del economista José Manuel Quijano, actual director de la Comisión Sectorial para el Mercosur. Todos ellos están jugados a la integración, tienen autoridad para hablar de ella y comparten una visión básica: sin integración no hay futuro regional.

Sea cual fuere el contenido que uno quisiera adjudicarle al Mercosur, éste funciona mal y no alcanza su objetivo básico: mejorar el nivel de vida de la gente. A catorce años de su fundación, el Mercosur está en una crisis de credibilidad y las voces que siempre han predicado otro modelo de integración –apertura total al extranjero, a la moda neoliberal– vuelven al debate con nuevo brío. Sigue una transcripción no literal de las ideas vertidas por estos participantes y este artículo finaliza con algunos comentarios.

---

(\*) J. da Cruz es geógrafo y analista de información en D3E (Desarrollo, Economía, Ecología y Equidad - América Latina).  
Publicado en Integracionsur.com el 19 de abril de 2006. Se permite la reproducción siempre que se mencione la fuente.

## Falla la economía, falla el comercio

El Mercosur es un proyecto de contenido netamente comercial pero que va mucho mas allá. Es un intento de modificar una construcción geopolítica del siglo XIX, que resultó en Estados divididos y se transformó en un obstáculo para el desarrollo. Aun Brasil, con su potencia y dimensiones, es un país subdesarrollado en el mundo. En el caso de Uruguay, la Banda Oriental no fue un país independiente por voluntad propia: lo decidieron Brasil, el unitarismo porteño e Inglaterra. Los grandes países nos impusieron un destino de estado tapón y deben tomar en cuenta nuestras características e involucrarse más en nuestra integración, pues hemos sido parte de su propia construcción geopolítica. Tenemos el derecho a exigir que se involucren, tenemos un compromiso histórico con la integración, que no es un capricho de fines del siglo XX sino la consecuencia de un proceso de casi 200 años (Conde).

Uruguay, en general, podría decirse que tenía dos expectativas cuando la firma del Tratado de Asunción. La primera, que nos sacara de un relacionamiento comercial poco dinámico y posibilitara un salto exportador. Si vemos la evolución de las exportaciones de los países del mundo entre 1990 y 2004, el país que menos las ha multiplicado ha sido el Uruguay; por lo tanto, esa expectativa no se cumplió. Una segunda expectativa era la modificación del comportamiento histórico de las inversiones en nuestro país, siempre insuficiente, con el coeficiente más bajo de todos los países sudamericanos. Tampoco se cumplió: sólo Haití está por debajo del Uruguay en el contexto continental. Tampoco ha aumentado la certidumbre, parte fundamental de los acuerdos europeos y muy claro en el caso de la integración de España, y la incertidumbre se refleja en el acceso a mercados y en la radicación de inversiones (Quijano).

Las asimetrías y las dificultades de nuestros países están haciendo muy conflictivo el tema de la integración comercial. Por eso el Mercosur transmite una idea de crisis y conflicto permanente. En lo comercial, la unión aduanera incompleta ha tenido serios problemas de funcionamiento. Lo que se invierte en Uruguay no puede llegar sin trabas a los mercados vecinos como en el caso del arroz al Brasil o las bicicletas a la Argentina. Eso da falta de credibilidad e impide transformar al Mercosur en un centro de inversiones y comercio. Cuando hay un proyecto industrial importante, una posibilidad de radicar inversiones, no se piensa en las ventajas que podría representar para la integración que el proyecto se haga en Uruguay sino se piensa que, por ejemplo, si Uruguay tiene acceso al mercado de Argentina, las industrias argentinas sufrirían un daño irreparable (Abreu). Las chicanas existen en todos los procesos de integración, pues hay *lobbys* que presionan para evitar el ingreso de productos como parte de la falta de coordinación de políticas macroeconómicas. Nunca logramos que nuestros bancos centrales caminasen de manera coordinada por períodos más o menos prolongados (Quijano).

No hay inversiones intra regionales de importancia: Brasil fomenta la inversión estadual, lo mismo la Argentina en algunas provincias, pero no en Uruguay o Paraguay y cada país se defiende como puede. El mismo Paraguay aprobó una ley de maquila fuera de las normas establecidas, pues las políticas de macronivel tienen que consultarse, según el Tratado de Asunción, y no se hizo así (Abreu). Un ejemplo más es la situación en torno al establecimiento de las fábricas de celulosa. Son empresas que agregan valor, que exportan a terceros mercados y pueden tener un rol importante. Además están en el interior del país y favorecen la descentralización y una integración de frontera, pero su instalación produjo un conflicto internacional. El conflicto con la Argentina debe ayudarnos a reflexionar sobre cómo integrarnos mejor (Abreu).

Hubo años de bonanza relativa, pero se acabaron con el quiebre del Plan Real en Brasil –la devaluación– y de la política de convertibilidad de Argentina. Desde 1999 Uruguay y Argentina dejaron de crecer. La crisis se instaló hasta 2002 y significó una transnacionalización mayor de las economías del Mercosur, especialmente en el sector bancario (Quijano). El gran aumento del comercio interno que había habido hizo perder de vista que la integración era una cuestión estratégica (Álvarez). Argentina recién está empezando a reponeerse del proceso menemista de desindustrialización y establece acuerdos con Brasil, pero ambos dejan fuera a los países menores y eso cambia las reglas del juego. Argentina y Brasil hicieron un acuerdo nada menos que con China sin consultar al Mercosur. Un acuerdo puede ser bilateral, pero también lo podrían

aplicar los países chicos para que no termine siendo un proceso de protección. No hay lamparas de Aladino para la integración: hay competencia e intereses contrapuestos entre los países miembros. Por ejemplo, en el avance bilateral del Acuerdo 14 entre Argentina y Brasil ya estaba decidida la integración de Uruguay, pese a que en Uruguay todavía transcurría una discusión sobre opciones posibles (Abreu).

No hemos construido reglas estables y cuando no hay reglas institucionalizadas, los que más sufren son los países de menor desarrollo relativo. La falta de instituciones y reglas genera debilidad (Álvarez). El Mercosur podría haber optado por ser simplemente una zona de libre comercio y muchos de estos conflictos se hubieran evitado, pero aquí aparece otra vez la presencia decisiva de los países mayores: la unión aduanera daba garantías a Argentina y Brasil de que los países menores quedarán sometidos a la disciplina de un arancel externo común. En una zona de libre comercio, Paraguay y Uruguay hubieran podido usufructuar de todos los beneficios de participar en los mercados de Argentina y Brasil, pero también negociar acuerdos de libre comercio con terceros; así hubieran obtenido ventajas simultáneas y podían transformarse en puerta de entrada para productos de esos terceros, saltando por encima del arancel externo común. Entonces, Argentina y Brasil hicieron especial énfasis en que el Mercosur tenía que ser una unión aduanera y así se inscribió en el protocolo de Ouro Preto en 1994, pero ya llevamos once años y aún no tenemos una unión aduanera. Esto complica todo el funcionamiento comercial, pues no solo no hay concreción de la política comercial común sino que la situación se agrava por la existencia de un sistema muy complejo de reconocimiento de origen, que resulta en que se cobra dos veces el arancel externo común, problema que ahora está en vías de solución (Conde).

En quince años de existencia, el Mercosur ha sido sumamente ineficiente. Las decisiones no se internalizan: el 50 por ciento de las decisiones tomadas en los órganos centrales no han sido internalizadas en los países miembros. Esto crea una enorme incertidumbre jurídica y genera una dinámica de funcionamiento perversa. Se agrava aún más por la persistencia paralela de dos acuerdos, el 14 y el 18: el primero regula relaciones entre Argentina y Brasil; el segundo, entre los cuatro países miembros. Su simultaneidad permite invocar, según conveniencia, uno u otro. La consecuencia es una frustración generalizada (Quijano).

No construimos una política comercial y sin ella no logramos verdadero acceso a los mercados internos ni tenemos capacidad de negociar con el exterior. El Mercosur no ha logrado hasta ahora ningún acuerdo comercial importante, solo acuerdos marco de poco significado como el acuerdo con la Unión Europea. Es grave que no hayamos sido capaces de establecer la unión aduanera y esto se está discutiendo. Se puede llegar, pero debemos ser conscientes de que por este flanco el Mercosur puede desintegrarse (Conde).

## **Complementación productiva inexistente**

La región cuenta en este momento con factores positivos para fomentar su integración. Somos fuertes en la agroindustria y la entrada al mercado de consumo masivo de India y China mantiene precios altos para nuestros productos. La coyuntura favorable puede ser prolongada y la región crece con disparidades nacionales, pero crece. Ya no se discute más sobre la autarquía regional, como en décadas pasadas, o sobre el liderazgo del Estado o del mercado: hay que encontrar un equilibrio, abrir y proteger mercados al mismo tiempo. Colabora también a este panorama favorable la existencia de gobiernos con “cierta familiaridad de pensamiento en cuanto a las salidas, a pesar de sus distintas extracciones” pero esto no es, por sí solo, una garantía de integración (Álvarez).

Esta opinión no es compartida por Quijano.

Se habla de que vivimos un período muy especial en la demanda de “commodities”, pero estudios de la UNCTAD prueban que, en comparación con los precios reales del período 1975 – 1980, los precios actuales están un 33 por ciento por debajo de aquellos. Estaremos mejor que hace cinco años, pero no estamos mejor que hace 30. La coyuntura debería darnos el contexto para movernos con flexibilidad, y deberíamos tener negociadores capaces de enfrentar el reto de integrar a la exportación bienes más dinámicos (Quijano).

Hay esperanzas en un relanzamiento del proyecto, favorecido por el actual “clima progresista”, pero este clima es desconcertante y se parece más a una continuidad del pensamiento único en economía, a una “ortodoxia progresista” cuyos resultados habrá que esperar. Los aspectos más destacados de esta etapa, no obstante, son los avances que se procuran en el campo institucional con la creación del Tribunal, la Secretaría y el Parlamento. Hay además una convicción generalizada de que el Mercosur es relevante para la región y que es necesario “arreglarlo” para que funcione adecuadamente y no como en los últimos años, pero no sabemos cómo hacerlo (Quijano).

Si de algo carece el Mercosur es de un proyecto industrial común. No alcanza solo con la voluntad política pues aquí entran a jugar las grandes corporaciones, pero podemos influir por fuera de las corporaciones, como en la instrucción pública, otro tema que tampoco ha entrado en la agenda del Mercosur. Si queremos integración hay que incorporar un programa estratégico de producción industrial y no dejarlo librado a la voluntad de las grandes corporaciones. Por mediación de la Federación de Industriales de San Pablo nunca vamos a tener proyectos industriales comunes ni patrimonio industrial común en el Mercosur y por tanto tampoco vamos a avanzar en la transferencia de conocimientos, la aplicación de tecnología, la complementación, la formación de cadenas de valor. No nos vamos a desarrollar, y entonces para qué integración (Conde).

Cuando España ingresó al Mercado Común Europeo se dio una elevación de la calidad de su comercio; los bienes exportados pasaron a ser más complejos, a integrar más tecnología. Fue arrastrado por la fuerza del mercado. Nosotros no hemos tenido esa experiencia (Quijano). Los países más grandes deben impulsar que se mejore la vida de la gente; las integraciones valen si los países mejoran. El “milagro español” se llamó 10 000 millones de euros por año en fondos comunitarios. El actual proceso de integración tiene que significar un proceso de suma positiva, como lo fue en los años de 1990, y es lógico que hoy se debata si el Mercosur sirve o no sirve. Brasil no es Alemania, pero los países chicos no se sienten respetados. Hay que generar espacios para ellos (Álvarez).

Un ejemplo de la falta de integración productiva es que nos estamos peleando con Argentina para poner una planta productora de materia prima para el Primer mundo; no de papel: de materia prima. Qué bueno sería que hubiera 8 o 10 plantas de celulosa que produjeran materia prima para una gran planta de papel en la región, propiedad del Mercosur, pero nos peleamos simplemente por las sobras del festín. Vuelven a sonar las voces que repiten aquello de “relacionémonos con amigos ricos y lejanos y no con amigos pobres y cercanos”. (Conde). La integración debe significar que los países mas pequeños obtengan comprensión según una visión política, y no según tutorías ocasionales surgidas de medidas puntuales: es un tema político estratégico. Un paso adelante son los fondos de compensación para emparejar asimetrías que el Mercosur estableció, muy importantes pero notoriamente insuficientes (Abreu).

Somos fuertes en agroindustrias; agregarle valor es agregar conocimiento, ciencia, tecnología, innovación, pero cada país invierte solo el 1% del PBI en estos rubros y los presupuestos son restringidos. Cada quien por su lado puede hacer muy poco. Hay que sumar esfuerzos, hacerlo juntos; avanzar en lo regional agrega valor al desarrollo nacional. No lo estamos haciendo, ni siquiera en la lucha contra la aftosa ni en las reglas fitosanitarias (Álvarez).

## **La integración social y política, y la llegada del nuevo socio**

En el tema social han habido avances dentro del raquitismo. El establecimiento de las libertades de domiciliarse en cualquier territorio y de trasladarse libremente se está discutiendo en los parlamentos nacionales. Se han hecho convenios de cooperación educativa y de igualación de currícula y hay otros convenios –aún no en vigencia– sobre seguridad social. Son avances interesantes pero insuficientes. En abril (2006) habrá novedades pues todos los Poderes Ejecutivos del bloque están terminando de redactar los proyectos de ley correspondientes para poner en vigencia lo que se firmó en Montevideo el 9 de diciembre de 2005 instaurando el Parlamento del Mercosur (Conde).

Otros grandes temas son la infraestructura de transporte y la energía. Podemos ser autosuficientes en la energía con el Mercosur ampliado con Bolivia, Ecuador, Venezuela. Las inversiones vienen si tenemos capacidades para recibirlas. “Yo estoy tratando de que tengamos un consejero agrícola y un observatorio energético para que pensemos en políticas conjuntas del Mercosur” (Álvarez).

Hay un error entre quienes dicen que es bueno incorporar a Venezuela porque es amigo, y entre quienes dicen que es malo pues no es amigo. Es un error. Una cosa es el modelo de confrontación en su política exterior que eligió Venezuela; otra aceptar el liderazgo, pese a su poca generosidad, de Brasil. Como dice Chávez, en América del Sur existen el modelo Monroe y el modelo bolivariano. En el modelo Monroe se inscriben las economías de México, Colombia, Ecuador, Perú y Chile; en el otro estamos los demás. No está ni mal ni bien; cada país elige lo que defienda mejor su economía y cada modelo ofrece distintas ubicaciones, pero sea cual sea el modelo elegido tenemos que definir qué vamos a hacer con el río Uruguay, con el frente marítimo, con la energía. Uruguay tiene que elegir un modelo, pero los países pequeños si se equivocan quedan al borde de una crisis existencial mientras que los países grandes utilizan la fuerza, quiebran todas las normas e ignoran todos los principios del derecho internacional. Es una realidad de todos los días (Abreu).

Por razones geopolíticas, para el Mercosur es trascendente la integración de Venezuela. No es un tema político. En primer lugar, Venezuela debe aceptar lo que el Mercosur ya tiene incorporado como base de integración; si entra al Mercosur es porque acepta lo que está firmado e incorporado. Si no, no entra. El Mercosur es un proyecto geopolítico y estratégico propio; no es el ALBA, no es la propaganda del gobierno de Venezuela, no es la política de hostilidad permanente con los EEUU. Las condiciones de construcción del poder bolivariano son condiciones propias del proceso venezolano que lo llevan a Chávez a tener un perfil propio. Eso no se extrapola al Mercosur: es Venezuela quien ingresa al Mercosur, y no al revés (Conde).

Es muy importante el ingreso de Venezuela, pero un eje Caracas - Brasilia - Buenos Aires sería un acuerdo entre ellos, pero no sería integración. No vamos a aceptar un eje de estos tres países en base a acuerdos bilaterales y que ello se confunda con integración de algún tipo (Conde). No hay contradicción si algunos países hacen tratados bilaterales, como hizo Argentina con México. Se pueden hacer otros tratados pero no tenemos destino individual fuera de la unión (Álvarez).

## **¿Irse, quedarse, transformarse?**

La fotografía del Mercosur es mala; el resumen es que estamos en crisis y muchos no han abandonado la idea de que la integración no es buena para Uruguay e impulsan una ruptura, como si fuera una solución fácil y si pudiéramos irnos a flotar por el Atlántico. Al revés, hay que desarrollar el sentido de pertenencia a la región, fundado en el respaldo político de todos los partidos que se logró en 1991. Debemos proponer un Mercosur que nos sirva, no cualquier Mercosur; irse es una imposibilidad política, pues si no estamos todos no hay Mercosur. Muchos dicen “nos vamos del Mercosur y con los Estados Unidos”, pero los Estados Unidos nos van a dar menos todavía que el Mercosur. No son tan torpes como para dar un paso a favor de Uruguay, y darlo contra la voluntad brasileña; primero le van a pedir permiso al Brasil; no van entrar en un modelo de confrontación, gratis (Abreu).

Uruguay debería hacer un planteo claro sobre cuál es su modelo de inserción y relacionamiento, cómo asumir la asimetría y cuáles son los temas prioritarios para su desarrollo. Uruguay es frontera, pradera y puerto, visión de complementación. La materia prima argentina, por ejemplo puede ser industrializada aquí, pasar por aquí hacia afuera; eso sería complementación (Abreu). Si estuviéramos en un proceso de integración efectivo sería lo mismo invertir en Montevideo o en Rio Grande para tener acceso a los mismos mercados. Hoy no es así: hace 15 años que no tenemos esa posibilidad. Si tuviéramos el acceso, un inversor podría elegir invertir en Uruguay, pero el acceso no existe (Quijano).

El Artículo 2 del tratado de Asunción dice que tenemos los mismos derechos y obligaciones, sin tratos preferenciales, pero no podemos ser hipócritas y debemos sincerarnos: hay que replantearse el Artículo 2. Hay doble discurso en lo de la integración y la estamos haciendo fracasar por falta de visión política entre los cuatro países (Abreu). En una perspectiva mayor, si Brasil y Argentina no resuelven sus problemas no hay integración ni comunidad de naciones, ni nada. Deben construir una política de convergencia estructural. Sin esto, la integración es un mito: tenemos que hacernos responsables de las consecuencias de nuestros actos, de lo ocurrido en el pasado histórico. Argentina y Brasil son el cimiento y tienen que ajustar sus economías entre sí, pero esos ajustes bilaterales no deben transformarse en un bilateralismo dominante. Si a cada acuerdo entre ellos Uruguay y Paraguay van a patear el tablero, no hay integración; si Argentina y Brasil hacen sus acuerdos y después nos avisan, tampoco hay integración (Conde).

A las potencias exteriores les agradaría mucho una ruptura entre Argentina y Brasil. Los cientos de miles de millones de dólares que se volcaron en la Argentina, y la oleada de inversiones de EEUU durante el menemismo, tuvieron la intención de romper la alianza estratégica entre Argentina y Brasil pues a los EEUU no les interesa que se fortalezcan ni el eje Brasilia - Buenos Aires ni el Mercosur. En todo caso le interesa una negociación con Brasil, pero no le interesa un bloque con aspiraciones de un alto grado de autonomía en el Cono Sur (Conde).

Hay mucho para transformar en el plano institucional. Deberíamos tener un staff, una “burocracia Mercosur” capaz de hacer el trabajo de seguir las decisiones comunes y ver cómo trabajan los órganos centrales que tienen que aplicarlas. Los Presidentes acuerdan, se van para su casa y nadie aplica lo acordado; esos funcionarios tendrían que hacer el trabajo que conduce a la aplicación. Por ejemplo, cuando se creó la Secretaría Técnica del Mercosur, los cuatro países se pusieron de acuerdo para anularla y “secretizaron” sus productos, cosa que nadie los pudiera leer. Sin esa burocracia –que debería estar– no hay continuidad en el proceso. No se aplican las normas pues la aplicación es un acto concreto, depende de los hombres (Quijano).

El Mercosur es la construcción mas importante de América Latina en estos años, y se valoriza mucho más afuera que adentro; hay un reconocimiento afuera, es un actor fuertemente valorado pero no aprovechamos ese valor. Las asimetrías se corrigen si los más grandes hacen con los chicos lo mismo que les pedimos a los países más desarrollados que hagan con respecto a nosotros (Álvarez).

Uruguay no puede esperar milagros a futuro. Cuando Argentina y Brasil hicieron un acuerdo en 1986, los dos tenían claro sus objetivos: Brasil iba a buscar alimentos de clima templado y Argentina un mercado para su producción de bienes de capital. Hoy, Brasil prácticamente se autoabastece de estos alimentos, que son nuestra producción principal, y más que generar demanda de nuestros productos compite con nosotros en terceros mercados, es un competidor. Tampoco puede darnos un efecto de arrastre hacia una inserción dinámica en la economía internacional. Por ejemplo, pese a todos sus defectos, la inserción mexicana se ha transformado radicalmente desde 1980 o 1990: con todas las limitaciones de la maquila, el 65 por ciento de lo que exporta hoy es de mediano y alto contenido tecnológico. Claro, no son empresas mexicanas sino transnacionales, en un proceso muy complejo que se parece al que viven los nuevos países industrializados del sudeste asiático como Tailandia y Malasia, y no al de los primeros que se basaba en empresas propias, como Taiwán o Corea del Sur. Esto no se ve en el Mercosur, ni siquiera en el país más desarrollado, Brasil: la estructura de las exportaciones brasileñas prácticamente no ha cambiado entre 1990 y 2004. Por lo tanto no podemos esperar un efecto de arrastre y no debemos esperararlo (Quijano).

Sí podemos esperar lo que toda economía menor espera de un tratado: un espacio de negociación. Eso hay que defenderlo y hay que superar la ambigüedad que a veces domina. Se lograron negociaciones, como en Ouro Preto, pero hoy eso se ha perdido, casi no existe; no discutimos nada importante. Necesitamos un espacio para tratar las asimetrías, para prevenir políticas que pueden dañarnos.

Otra esperanza es que se llegue a crear un mercado unificado, a lo que no se ha llegado por el camino tradicional recorrido hasta ahora. El NAFTA, sea lo que sea, en este sentido ha desarrollado una Norma de Origen Regional para Centroamérica, lo que significa la integración de un porcentaje de insumos nacionales en un producto a exportar al mercado común. Cumplir con esta norma es más difícil para un país pequeño

que para uno grande, y la manera de reducir las dificultades es hacer al otro partícipe de la producción. En el Mercosur sería necesario que esto se asociase al reconocimiento mutuo de normas: las trabas de normas, de certificaciones no reconocidas, de disposiciones fitosanitarias y demás, significan enormes dificultades a la exportación.

También el Mercosur tiene que dar un espacio para discutir los temas nuevos como patentes y derechos de autor, compras estatales y otros objetos de negociación en la Organización Mundial del Comercio. Toda discusión con la Unión Europea, con los Estados Unidos o con la OMC, pasa por los temas nuevos: ahí está el futuro. No tenemos ninguna fuerza para discutir temas nuevos solos; necesitamos una posición común, al interior y al exterior del Mercosur. Por ahora, Brasil y Argentina han introducido normas, por ejemplo en el rubro de compras gubernamentales, que favorecen a sus empresas y no a las nuestras, lo mismo que sucede con los países poderosos a nivel mundial (Quijano).

La estadística del Banco Central separa las exportaciones en tradicionales y no tradicionales: tiene 40 años de atraso. Eso, hoy, no tiene importancia alguna. “Es difícil darse cuenta del atraso que tenemos pues el país no construye ni siquiera la forma de mostrarle a la gente lo que pasa”. Si no sabemos ver dónde está el dinamismo del mercado, dónde están las decisiones que importan, seguiremos en la inserción internacional más tradicional, vendiendo bienes primarios. “Vamos a estar felices vendiendo cobre, creyendo que de esa manera estamos transformando a América Latina. Por favor... es una tristeza...” (Quijano).

## **Suma sumamente parcial**

El convidado de piedra del debate fueron las plantas de celulosa. José Manuel Quijano ha definido que lo central de este conflicto es la utilización de un río compartido. Sobre el cogobierno del río existen tratados, existen también autoridades binacionales que cuidan de estos aspectos y existe una voluntad de integración solidificada por los 15 años de historia del Mercosur. A mi entender, todos estos factores demostraron ser insuficientes para evitar el desarrollo de un conflicto muy complejo y que ha despertado suspicacias en todos los planos, dañando la confianza mutua entre los dos socios rioplatenses. Indudablemente, la causa última del conflicto es justamente una falta de voluntad de asociación. Si el proyecto hubiera sido planteado como un emprendimiento conjunto entre los dos países y los socios transnacionales, el tablero de juego hubiera cambiado radicalmente tanto para partidarios como para opositores. Incluso en lo político y cultural, los lamentables brotes de patriotismo cuasi racista que vieron la luz no hubiesen tenido espacio. Allí hay una lección a aprender, para unos y otros, pues la discusión se hubiese mantenido en el plano del cual nunca debió salir: la conveniencia o no de las plantas, desde todos los puntos de vista.

También lo de estas plantas es parte de la desesperación uruguaya por captar inversiones. En cuanto a estas inversiones cabe preguntarse si su notoria debilidad no se debe a la falta de inversores nacionales a quienes ese capital extranjero pudiera asociarse. Habría que fundamentarlo en base a estudios adecuados, pero surge la duda de si en el Uruguay, el único inversor con cierta capacidad para emprendimientos productivos de importancia –y posible interés en superar el estrecho marco del lucro privado– no serían las empresas estatales. Si así fuera el caso, el hecho tendría importantes consecuencias políticas. Por otra parte, si el proceso de diversificación de exportaciones depende del capital transnacional e inversiones en forma de maquiladoras, como en el citado ejemplo de México y el futuro de Paraguay según la ley recientemente aprobada, las condicionantes de la integración cambian por completo. Si, como sostienen Conde y Abreu, el Brasil tendría que funcionar como locomotora económica y a la vez poco se puede esperar de los “industriales de São Paulo” que menciona Conde, sólo cabría esperar un impulso integrador por parte del Estado brasileño. ¿Es realista?

Esto entra en el terreno de las asimetrías o desigualdades, tan notorias que a veces las perdemos de vista. Las tablas que indican el PBI corregido para reflejar el poder adquisitivo de 192 países colocan a la economía brasileña en el lugar 10, la argentina en el 22 y la uruguaya en el 91, pero la economía brasileña es solamente

un 2,5 por ciento aproximado del total mundial y la argentina 0.08. Agreguemos que la uruguay representa poco más que cinco milésimas. El poder de arrastre de las economías vecinas es entonces muy limitado a nivel mundial, salvo que esos mercados absorbieran gran parte de la producción uruguayana como en la década de 1990, un modelo que ya no parece viable. Si tampoco Argentina y Brasil han transformado su esquema exportador y siguen vendiendo *commodities*, ¿podría pensarse en que compraran productos de alta tecnología a Uruguay, para que cambiara su esquema productivo? ¿Y qué podría aportar Uruguay en este aspecto con las escasísimas inversiones en ciencia y tecnología del país y la región?

Mientras seguimos discutiendo en conjunto, y mal, cómo integramos en lo interno, discutimos individualmente cómo integrarnos a lo externo. Países débiles, horriblemente endeudados, ni siquiera arman un frente político contra ese cruel impuesto mundial a la pobreza que es la deuda externa, y tampoco negocian como bloque en los foros internacionales. De hecho, nos están “integrando” las transnacionales.

Álvarez sostiene que hoy ya no se discute la autarquía del Mercosur y que hay que avanzar hacia una integración regulada con los mercados mundiales, pero ¿quién discute esas formas reguladas de integración si el Mercosur no tiene potencia negociadora? Contamos con una institucionalidad diseñada en décadas pasadas –y que además nunca se desarrolló por completo ni funcionó satisfactoriamente– para negociar con una de las instituciones más poderosas de la globalización económica, la Organización Mundial de Comercio, que no es lo mismo que aquellas Rondas del GATT vigentes cuando la fundación del Mercosur. Como anota Quijano, ni siquiera ha habido voluntad política para internalizar decisiones, y menos aún para negociar en conjunto debido a factores de presión internos y externos al bloque. ¿Habría que descartar así sin más la reconquista de cierta autarquía como simple condición de supervivencia?

Se habla de relanzamiento o refundación del Mercosur. ¿Se refundará sobre las mismas bases? ¿No habrá que pensar en un nuevo destino regional, en un nuevo modelo, en una nueva cultura y personalidad regional? Mientras el ideal de vida y desarrollo que predomina en el mundo siga siendo el de la globalización de las transnacionales que glorifican Hollywood y la televisión, nuestra suerte no podrá ser otra que continuar en la dependencia y la pobreza relativa; mientras nuestros “motores” Argentina y Brasil sigan estando entre los países de distribución de rentas más desigual y de menor desarrollo científico y tecnológico tampoco podemos esperar cambios. ¿Habría un camino dentro del capitalismo globalizado actual, según los mapas de ruta ya más que sabidos? ¿Dónde está la innovación política en el Mercosur?

Regresando a la experiencia de la Unión Europea quiero recordar la importancia de un libro que cambió el debate de la época. Me refiero a *El desafío americano*, del periodista y político Jean-Jacques Servan-Schreiber, aparecido en 1967 y que teñiría el intercambio de ideas sobre la integración en la década siguiente. A grandes rasgos, su contenido demostraba la ventaja que los Estados Unidos estaban cobrando sobre Europa occidental en todos los planos, y abogaba por un impulso decidido a la integración para que el desarrollo europeo recuperase su competitividad. Fue un éxito editorial y político resonante y una herramienta efectiva para un relanzamiento de la construcción unitaria. Su papel como símbolo de grito de alarma puede compararse al que tuvieron en otros ámbitos *Los límites del crecimiento*, del llamado Club de Roma, o *Primavera silenciosa* de Rachel Carson.

El Mercosur no tiene una potencia que lo desafíe, salvo la pobreza y miseria de la mayoría de sus poblaciones, pero es un tema insoslayable en toda discusión sobre el futuro regional. Tal vez sea el momento de que surja un impulso similar al que dio Servan-Schreiber entre los formadores de opinión y las cabezas influyentes. Dada nuestra situación de asimetrías, probablemente hubiera que escribirlo en portugués...